

Allí la vida es firme,
la soledad se quebranta
y, quenas de niños dulces
apagan sollozos, olvidos.

El árbol representativo,
libre, estira los brazos;
florece nidos imprevistos,
y, la noche, en fuga, empuja
paisaje hacia tu pantalla.

Cae la estrella, olorosa,
para prenda minúscula.

Angeles tañen arroyos,
destinos de gacelas y lirios.
Inéditas páginas melódicas.

Sólo queda el poema, desnudo y
suave, como el cuerpo de una niña
adolescente en la fuente de un jar-
dín con sol.

De trecho en trecho la fantasía
cazadora de imágenes del «Hom-
bre del Ande que asesinó su espe-
ranza» asoma entre los renglones
con un hallazgo detonante entre los
labios.

Pero el poeta sabe pulirla, dete-
nerla en su impetuoso salto. Surge
entonces la metáfora ligera y so-
bria, como si caminara sobre los
pies descalzos, en puntillas, o como
si quisiera cuchichear en nuestro
oído:

Raqueta: guitarra nueva
Vibra en la intemperie...

O bien:

Se enciende en la pila
cándida agua indefinida...

O más adelante:

Silba el viento colegial,
Yaraví de los días queridos...

O ese poema XIX que no podría
fragmentarse:

Luna, luna en tu ropero,
amanecer en tus manjares.

Tengo guardados ríos
cogidos por mis manos

El mar late, muy cerca,
sus barcos jubilosos
y el silencio perfecto
alza brisa o gaviota leve.

Yo repito, alucinado,
cancioncillas redondas:
puras por unos labios
no gastados en palabras.

Con este libro Varallanos se ade-
lanta muy largo trecho en la evo-
lución de la poesía creacionista y
metafórica americana, que camina
lentamente en busca de síntesis y
compresión.—*Juan Marín.*

POEMAS DE LA VÍSPERA, por *Car-
los A. Barry.*

De vanguardia, de plena van-
guardia el libro de este novel escri-
tor argentino.

Cierta riqueza de vocabulario,
imágenes con relativa novedad en
ocasiones, y siempre la clásica de-
sarticulación ideológica común a la
mayoría de los vanguardistas.

Sólo uno o dos poemas del libro
tienen una idea de centro, espina
dorsal, como si dijéramos; la ma-
yoría aparecen como esqueletos a los
cuales el autor no supo dar soplos
vitales.

Es curioso este afán de no preci-
sar ni siquiera la belleza, tal como
se la entiende. Porque no se me diga
que esta vaguedad, estos balbuceos

ideológicos o emotivos, son clara manifestación de una estética o de una escuela. Sólo aparecen como intenciones, y bien modestas, de algo que todavía no se alcanza y que tal vez no se logre en definitiva.

Enemigo de citas, que casi nunca dan idea justa del temperamento de un poeta o de las características de una obra, copio aquí, sin embargo, el poema «Vitreaux», porque este libro de Barry (1) no se vende en Chile, y como una primicia a los lectores de «Atenea»:

Plúmbeos, nebulosos los anoche-
[ceres
que abocetan imágenes, vaciándolas
[en yeso
transitorio—aquel rey voluble y ca-
[davérico
preguntando nirvanas, tuvo un mi-
[nuto ecléctico.
Y en el patinado marfil del oratorio
rayó la postrer sabiduría.

Amor, dolor y muerte, de la choza
[a palacio
jinetes esqueléticos aullan por los
[caminos.
Amor, portando aljófares, es trino
y lluvia exasperada desde Eva la
[impura.
Dolor, fiel escudero hiere con siete
[lanzas
la esperanza del mundo, ceniza vo-
[landera.
Y muerte? Rigidez pavorosa en la
[ribera
última invitación y voto de clausura.
Aquél rey se moría, pero nadie oía
el estremecimiento de su sabiduría.

(1) Edición «Letras». Buenos Aires, 1931.

Aclaración.—Un párrafo anónimo de la revista argentina «La Vida Literaria», en su número de Octubre, comenta en tono airado una nota bibliográfica que yo publicara en «Atenea» sobre un libro de María Alicia Domínguez.

Aludía en esa nota al carácter bien distinto del ambiente literario en Argentina y en Chile, haciendo ver que mientras toda obra nacional era considerada mala entre nosotros por el solo hecho de ser nacional, en Argentina esa misma razón era señal de valimiento. Mostraba así las ventajas del chauvinismo sobre nuestro hábito criollo de negar méritos a todo lo chileno.

Pues bien. Estas verdades, reconocidas por muchos antes que por mí, han irritado sin razón al que hace el reparo en «La Vida Literaria», y cree ver en mis palabras una agresión a los escritores argentinos.

Como se dice en el párrafo que comento, que se aguarda una aclaración pública de «Atenea», aquí la hago, para satisfacción de la revista argentina que ha mantenido siempre relaciones muy cordiales con este órgano de la Universidad de Concepción.

Nunca fué mi pensamiento herir a los escritores argentinos, a muchos de los cuales tengo entre mis grandes afectos. Me limité a señalar características bien precisas del ambiente literario del Plata y de Chile, sin ánimo de malquerencia y sin pretensiones de molestar.

He sido, pues, mal interpretado, y dejo hechas las aclaraciones que «La Vida Literaria» pide con voces un poco agrias.—P. S.